

Algo pasa en el interior de cada uno de nosotros



Susana Eva Goyochea

No podemos cerrar los ojos o "no mirar", "no escuchar", no poner el oído a lo que está pasando en el conjunto social dañado de tantos varones y mujeres de nuestro pueblo, a nuestros ancianos y a nuestros jóvenes, a nuestros niños, a nuestras familias.

Expresiones diversas y dolorosas de un "malestar" que poco a poco va quebrándonos en lo personal, minando nuestras relaciones, enfrentándonos como si fuésemos enemigos, haciendo crecer la desconfianza, el temor, la enemistad, la desesperanza.

Cada historia personal, cada sujeto, el que somos cada uno de nosotros, siente y es afectado de diferente manera aún cuando las situaciones que lo provocan sean iguales o semejantes.

"Quedar sin trabajo", "ser un desocupado", ser "víctima de la violencia y la impunidad", "experimentar la inseguridad", etc. hace efecto diferente.

Así cuando afirmamos que este modelo salvaje que se

nos impone, origina violencia, decimos una verdad a medias porque hay quien ante esto mismo se deprime..., quien se resigna..., quien claudica..., quien se quiebra..., quien se violenta y violenta las relaciones..., quien resiste..., quien afirma su marcha o se pone de pie..., quien sigue adelante buscando salidas..., quien compromete aún más sus energías, sus capacidades, sus posibilidades..., quien encuentra una razón de justificación para su sufrimiento...

Cuando en nuestras comunidades, grupos, organizaciones, hablamos de estas cosas, nos animamos a poner en palabras esto que cada uno vive, siente, le afecta y le provoca malestar y sufrimiento, podemos con esto, explicarnos mejor ciertas reacciones y modos de actuar, ayudarnos, contenernos, cuidarnos, fortalecemos y posicionarnos mejor frente a la realidad dura y difícil que vivimos.

Porque si hay algo que procure, necesita y sostiene a

este modelo perverso; algo que más cruda y salvajemente atenta contra la dignidad es su efecto de "deshumanización". Es esto lo que horroriza y nos deja muchas veces sin respuestas. ¿Qué valor le damos a la vida?, ¿hay un límite que haga barrera a las fuerzas de la muerte?, ¿a la impunidad, a la corrupción, a la injusticia, a la manipulación?

En este intento que estamos haciendo por "descubrir" en nosotros la "presencia actuante del Espíritu", (esto que tan claramente expresa el Profeta Ezequiel) y que nos lleva a afirmar que el Espíritu es el nombre para decir la energía y vitalidad de todas las manifestaciones humanas y por lo tanto contrario a la muerte: El Espíritu como modo de existir del hombre, porque es la fuerza transformadora, la energía vital y siempre innovadora que "reconstruye" y "recrea", que crea espacios para la vida...

Vamos a rescatar dos conceptos que nos acerca el Psicoanálisis, que pueden ayu-

darnos mejor a mirar a nuestra interioridad, contar con otras pistas para pensar lo que nos pasa, en esta búsqueda de caminos nuevos que nos haga posible preservarnos como "sujetos", "ponernos de pie", "reaccionar", con otros recursos, con otras herramientas, que no sean la sola queja, la resignación o la desesperanza (ante las circunstancias que vivimos).

Un primer concepto que vamos a considerar, es el concepto de **DESEO**.

"El deseo" según el Psicoanálisis es el motor que nos causa, es el que motiva nuestras acciones. Como tal, el deseo es la fuerza potente, constante, insistente hasta la tozudez, que pone de manifiesto en cada uno de nosotros el impulso o empuje a la vida y que tiene capacidad transformadora. Es como esa llama o esas brasas que están siempre encendidas, que pueden convertirse a veces en llamaradas como tan bien lo dijo Tejada Gómez refiriéndose a Monseñor Angelelli en su "Salmo Vivo":

*La muerte,
ese artero salario del miedo,
te secó en la yerta
Punta de los Llanos
y se fue vacía.
No pudo contigo,
la sombra no pudo con tu
llamarada.*

Cuando como sujetos, estamos "habitados por el deseo", somos sujetos capaces de transformar la realidad; la personal y la colectiva o comunitaria, al hacer lazo social "sumándonos" a otras subjetividades con lo más propio y particular de cada uno.

Este ejemplo nos permite afirmar que "cada uno" Juan, Marta, Diego... está habitado, impulsado, por un deseo particular que le es propio, que es el suyo, que es como el hilo que va tejiendo la propia historia personal de ese sujeto, por eso decimos que es intransferible. Lo que lo demás ven son las "expresiones" de ese deseo particular, el modo como un sujeto se sitúa, se posiciona procurando satisfacer su deseo.

El deseo, el mío, el de cada uno de nosotros, se instaló en nosotros en función de algo

que ocurrió en el núcleo de nuestro grupo familiar, situación que es "diferente" en el caso de cada hijo que nace (por eso cada hijo de una misma familia no es igual al otro).

El deseo en cada uno, tuvo y tiene que ver con el lugar, la expectativa, lo que se le atribuyó a ese hijo: "qué me da ese hijo", con lo que se predica así de cada hijo: es el que "se banca todo", "el sufrido", "el triunfador", "el que puede", "el vago", "el que no puede", "el cómodo"... (los dichos en relación a satisfacción o insatisfacción que los hijos "dan" se entiende también desde esto).

Volvamos a lo que pasó (y pasa) en el grupo familiar. En el sujeto al nacer, lo que hay es la "necesidad" de alimento, de higiene, de cuidado, de abrigo... pero, esa necesidad, en el lenguaje particular de la madre, se convierte "en llamado", en demanda. La madre dice, "tiene hambre", "le hace frío", "quiere que lo levante", "quiere que le hable"... y actúa en consecuencia.

El niño por su parte, tiene a partir de la respuesta de la madre a su grito, señales o pistas, a partir de los cuales su grito se convierte en llamado. La interpretación que la madre hace de ese grito, lo convierte en llamado, en **DEMANDA**.

Hablamos de necesidades que podríamos llamar biológicas y necesidades culturales (necesidades de amor, de educación, de libertad...) que por "efecto" del lenguaje se transforman en "demanda".

Cómo se transforma una pura necesidad en una necesidad cultural? Por ejemplo la necesidad de alimento es desviada por la pauta cultural. Por qué esto de que "la necesidad pasa por el lenguaje" está encarnado por los padres o por quienes hacen las veces de padres.

A partir de estas necesidades "transformadas" que pasaron por el filtro del lenguaje, hablamos del **DESEO**. Se demanda trabajo, educación, amor, libertad.

Esas demandas entran en el círculo satisfacción-insatisfacción.

Un sujeto puede tener sus necesidades básicas satisfechas

pero siempre hay algo que falta. Ocurre que el "deseo" se expresa con límites, por eso, es "deseo" de otra cosa. No se satisface plenamente, porque en función de la **FALTA** se instala lo que el Psicoanálisis llama el **DESEO**. Es en función de "lo que falta a cada uno" que se orienta el deseo.

Uno puede desear casarse, una vez que lo hace, desea tener hijos; cuando los tiene, educarlos de tal o cual manera...

Otro sujeto puede desear estudiar para ser docente. Cuando lo es desea trabajar. Cuando trabaja, desear que sus alumnos se destaquen.

Eso que "falta", que hace que se siga buscando y procurando, eso es el deseo. Así en "cada uno".

A veces el deseo se establece por oposición, rebeldía, la confrontación, la oposición para establecer diferencias. Se trata en realidad de que no las hubo en el inicio.

La falta tiene que ver con el ideal: ideal de justicia, de paz, de equidad, de fraternidad, de amor..., por eso también podemos afirmar que el deseo se expresa a través del anhelo y uno anhela y lucha por ciertas cosas.

Permanecer humanos es entonces "permanecer deseantes".

Sin embargo esta la otra cara, el otro costado, la otra vertiente, que tampoco es ajena a lo que nos pasa. Aquello que nos paraliza, que nos inmoviliza, que se opone a la transformación, que termina mortificando al sujeto: es lo que llamamos **PULSIÓN DE MUERTE**.

La pulsión de muerte impulsa al sujeto hacia la muerte, no a la muerte cadáver, sino a la "muerte del deseo". Sobreviene el malestar, este malestar, ese "no estar bien", se expresa de múltiples maneras, afectando todas las dimensiones y manifestaciones de la vida.

En este sentido, es importante señalar que en muchas de las propuestas, discursos, dichos, que nos presenta este modelo neoliberal, salvaje, y que se difunden en la sociedad de hoy, no está presente el sujeto como "deseante" sino "atrapado" y "condicionado"; "ofreciéndose" sin

saberlo a propuestas que tienen que ver con la "pulsión de muerte".

Por qué decimos esto?

Porque lo que este modelo propone, es "satisfacer" demandas "ofreciéndonos", "objetos para el consumo" y deja intencionalmente de lado ese circuito del deseo que como dijimos, está orientado por una falta. Es decir tapa la falta con objetos de consumo. Estos objetos hacen de tapón al deseo, satisfacen pero la satisfacción que brindan es inestable y poco duradera. Se trata de objetos que en algunos casos cubren necesidades creadas, falsas, ficticias. Objetos que distraen y alienan haciendo que se deje de lado, todo aquello que en cada uno, da sentido a su vida, a su existencia.

La toxicomanía, las adicciones son un claro ejemplo. Hay empresas fabulosas que la sostienen creando falsas necesidades afirmadas en esto de que los sujetos pueden dejarse orientar por falsas necesidades.

El modelo al que asistimos necesita de víctimas que se "sacrifiquen en pos de tiempos mejores". Ofrecerse a esta propuesta sacrificial es claudicar al deseo y quedar atrapado en el "goce" y el sufrimiento.

La palabra "goce" para el Psicoanálisis tiene un sentido diferente al uso que le damos comúnmente; cuando decimos "voy a disfrutar de ...", "siento el placer de..."

El goce (que no es lo mismo que placer, disfrute, etc.) es "mortífero" porque mata el deseo, se atempera, se atenúa, se modera cuando hay la posibilidad de hacer proyectos, cuando hay trabajo pero sobre todo el "para qué de ese trabajo"; cuando se puede sostener con iniciativas, con creatividad, poniendo ganas, ideas.

La "exclusión del trabajo" que subyace al fenómeno de la desocupación que hoy afecta a muchos varones y mujeres de nuestro pueblo, es un indicador de la perversión que caracteriza a este modelo salvaje que se nos impone, porque genera la situación propicia para que ese varón quede librado a su goce.

Un desocupado, una desocupada, quedan expuestos a ser apesados por el goce y su deseo mortificado.

La exclusión del trabajo, una de cuyas causas es el avance tecnológico porque "hay la máquina que sustituye al hombre y además abarata los costos, deja un alto porcentaje de mano de obra desocupada, creando todo ese malestar y sufrimiento del que hablábamos.

En sociedades más desarrolladas se buscan alternativas más deshumanizantes aún: contratos temporarios para la realización de trabajos irrelevantes, manteniendo a las personas ocupadas en algo, pero, los efectos de la alienación son más profundos porque se inventan ocupaciones "sin un para qué", sin un sentido, sin destinatario para lo que se hace. Eso altera el núcleo de lo que hace lazo con el otro, es decir, lo que hace lazo social.

Se llega así a callejones sin salida porque toca uno de los factores más importantes (como lo es el trabajo) que da sentido a la existencia: ya que por la vía del trabajo (en el trabajo y a través del trabajo) muchos sujetos encuentran sentido a la existencia y cuando éste falta, aparece el sin sentido de la vida, es decir el puro goce.

¿Hay alternativas a todo esto? ¿Qué salidas nos quedan?

Un primer camino es empezar a "pensar" estas cosas. ¿Qué efecto hace en cada uno de nosotros?

Otro camino tiene que ver con el valor y la importancia que tienen nuestros grupos, comunidades, organizaciones, a las que pertenecemos.

Estos colectivos desde los cuales es posible hacer lazo social y construir redes solidarias que se constituyan en espacios de contención, de generación de proyectos, de "emprendimientos" de trabajo.

De esta forma nos ayudamos a preservarnos como sujetos de deseo, liberándonos de la esclavitud del "goce" y de los "objetos", situaciones con las que taponamos el deseo. En otras palabras, recuperamos la dignidad. Nos humanizamos.

Somos como el águila del siguiente relato: cierta vez un campesino capturó un pichón de águila. Lo crió en la casa junto a las gallinas. El águila se transformó aparentemente en una gallina. Un día el campesino recibió la visita de un naturalista que conocía los hábitos de las águilas, y dijo: "esta no es una gallina, es un águila. El águila no picotea el piso como las gallinas. Está llamada a volar alto, a estar encima de las montañas". El campesino retrucó: "pero ella ya se transformó en gallina. Ya no vuela más". El naturalista respondió: "Ella no vuela ahora. Pero tiene dentro del pecho y en los ojos la dirección del sol, el llamado a las alturas. Ella va a volar". Una mañana los dos fueron bien tempranito a lo alto de la montaña. El sol nacía. El naturalista aseguró firmemente el águila con los ojos dirigidos al sol. Y entonces la lanzó para lo alto. Y el águila, transformada en gallina, despertó en su ser de águila. Levantó vuelo. Zigzagueante al comienzo, después firme, siempre más alto y más alto, hasta desaparecer en lo infinito del cielo matinal.

Cada uno de nosotros/as aloja en sí ese águila del relato. El "deseo" que nos mantiene vivo, el que da sentido a nuestra existencia, el que nos empuja e impulsa a transformar la realidad, uniéndonos a otros sujetos, a otras subjetividades, a otros hermanos y hermanas.

Quienes desde la fe, afirmamos que el Espíritu es esa energía vital que nos anima, busquemos los caminos para que la vida se manifieste con toda su fuerza y vigor en cada uno de nosotros y en nuestras comunidades y organizaciones, y a la vez tenga efecto multiplicador.

Lic. Susana Eva Goyochea

Exposición realizada en el XIII Seminario de Formación Teológica, Santiago del Estero.

Asesora invitada al Encuentro Taller "Subjetividad, Género y Prácticas Sociales" organizado por el Centro Tiempo Latinoamericano.